

Evaristo Carriego

La canción del Barrio



GENIO MALIGNO

EVARISTO CARRIEGO

La canción del Barrio

GENIO MALIGNO

La canción del Barrio, de Evaristo Carriego.

Esta obra se encuentra en dominio público en la República Argentina (Ley 11.723). Última muerte relevante: 1912. Dominio público en Argentina desde el 1/1/1983.

Texto tomado de Wikisource en español: [https://es.wikisource.org/wiki/](https://es.wikisource.org/wiki/La_canci%C3%B3n_del_Barrio)

La_canci%C3%B3n_del_Barrio. La transcripción de Wikisource se distribuye bajo licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0.

Edición digital: Genio Maligno, biblioteca de dominio público. geniomaligno.com.ar

El camino de nuestra casa

Nos eres familiar como una cosa
que fuese nuestra, solamente nuestra;
familiar en las calles, en los árboles
que bordean la acera,
en la alegría bulliciosa y loca
de los muchachos, en las caras
de los viejos amigos,
en las historias íntimas que andan
de boca en boca por el barrio
y en la monotonía dolorida
del quejoso organillo
que tanto gusta oír nuestra vecina,
la de los ojos tristes...
Te queremos
con un cariño antiguo y silencioso,
¡caminito de nuestra casa! ¡Vieras
con qué cariño te queremos!

¡Todo
lo que nos haces recordar!
Tus piedras
parece que guardasen en secreto
el rumor de los pasos familiares
que se apagaron hace tiempo... Aquellos
que ya no escucharemos a la hora
habitual del regreso.

Caminito
de nuestra casa, eres
como un rostro querido
que hubiéramos besado muchas veces:
¡tanto te conocemos!

Todas las tardes, por la misma calle,
miramos con mirar sereno
la misma escena alegre o melancólica,
la misma gente... ¡Y siempre la muchacha
modesta y pensativa que hemos visto
envejecer sin novio... resignada!

De cuando en cuando, caras nuevas,
desconocidas, serias o sonrientes,
que nos miran pasar desde la puerta.
Y aquellas otras que desaparecen
poco a poco, en silencio,
las que se van del barrio o de la vida
sin despedirse.

¡Ah, los vecinos

que no nos darán más los buenos días!

Pensar que alguna vez nosotros

también por nuestro lado nos iremos,

quien sabe donde, silenciosamente

como se fueron ellos...

Mamboretá

I

Así la llaman todos los chicos de Palermo.
Es la risa del barrio con su rostro feucho
y su andar azorado de animalito enfermo.
Tiene apenas diez años, pero ha sufrido mucho...

Los domingos temprano, de regreso de misa
la encuentran los muchachos vendedores de diarios,
y en seguida comienza la jarana, la risa,
y las zafadurías de los más perdularios.

Como cuando la gritan su apodo no responde,
la corren, la rodean y «*Mamboretá* ¿en dónde
está Dios?», la preguntan los muchachos traviesos.

Mamboretá suspira, y si es que alguno insiste:
— «¿Dónde está Dios?»—, le mira mansamente
sus ojos pensativos de animalito triste, [con esos

II

Una viuda sin hijos la sacó de la cuna,
y alguien dice, con mucha razón, que lo hizo adrede,
de bruja, de perversa no más, pues le da una
vida tan arrastrada que ni contar se puede.

Mamboretá trabaja desde por la mañana;
sin embargo, no falta quienes la llaman floja,
la viuda, sobre todo, la trata de haragana,
y si está con la luna de cuanto se le antoja:

—«La inútil, la abriboca, la horrible, la tolola...»

Mamboretá no ha oído todavía una sola
palabra de cariño. ¡Pobre *Mamboretá*!

Todo el mundo la grita, todos la manosean,
y las mujeres mismas a veces la golpean...
¡Ah, cómo se conoce que no tiene mamá!

La muchacha que siempre anda triste

LA MUCHACHA

QUE SIEMPRE ANDA TRISTE

Así anda la pobre, desde la fecha
en que, tan bruscamente, como es sabido,
aquel mozo que fuera su prometido
la abandonó con toda la ropa hecha.

Si bien muchos lo achacan a una locura
del novio que oponía sobrados *peros...*
todavía se ignoran los verdaderos
motivos admisibles de la ruptura.

Sin embargo, en los chismes, casi obligados,
de los pocos momentos desocupados,
una de las que cosen en el taller

dice,— y esto lo afirma la propia abuela, —
que desde que ella estuvo con la viruela
él, ni una vez siquiera, la ha vuelto a ver.

La francesita que hoy salió a tomar el sol

LA FRANCESITA QUE HOY SALIO

A TOMAR EL SOL

Un poco paliducha y adelgazada,
— ¡estuvo tan enferma recientemente! —
caminando de prisa por la asoleada
vereda, va la rubia convaleciente

que, con rumbo a Palermo dobló hacia el Norte.
¡Salud, la linda rubia: cara traviesa,
gesto de ¡viva Francia! y airoso el porte:
como que para eso nació francesa.

¿Será el desconocido que va delante
o es la gracia burlona con que camina
que ahuyentó aquel capricho sentimental?

¡Adiós los ojos tristes del estudiante
que vió junto a la cama de su vecina
en la tarde de un jueves del hospital!...

Como aquella otra

Sí, vecina: te puedes dar la mano,
esa mano que un día fuera hermosa,
con aquella otra eterna silenciosa
«que se cansara de aguardar en vano.

Tú también, como ella, acaso fuiste
la bondadosa amante, la primera,
de un estudiante pobre, aquel que era
un poco chacotón y un poco triste.

O no faltó el muchacho periodista
que allá en tus buenos tiempos de modista
en ocios melancólicos te amó

y que una fría noche ya lejana,
te dijo, como siempre: «Hasta mañana»...
pero que no volvió.

En el café

Desde hace una semana falta ese parroquiano
que tiene una mirada tan llena de tristeza
y, que todas las noches, sentado junto al piano
bebe, invariablemente, su vaso de cerveza

y fuma su cigarro... Que silenciosamente
contempla a la pianista que agota un repertorio
plebeyo, agradeciendo con aire indiferente
la admiración ruidosa del modesto auditorio.

Hace ya cinco noches que no ocupa su mesa
y en el café su ausencia se nota con sorpresa.
¡Es raro, cinco noches... y sin aparecer!

Entre los habituales hay algún indiscreto
que asegura a los otros, en tono de secreto,
que hoy está la pianista más pálida que ayer.

Mambrú se fue a la guerra

¿Con su ronga catanga los chicos de la acera ciña
te harán llorar, ahora? No seas sensiblera
y piensa que esta noche de verano es divina

y hay luna, mucha luna. ¡Todo por esa racha
de recuerdos que llegan sin traer al causante!
¡Todo por el veleta que fué novio o amante
allá, en tus más lejanas locuras de muchacha!

¡Qué nunca en tantos años se te oyera una queja
y te aflijas ahora, cuando eres casi vieja,
por quien, al fin y al cabo, ¿dónde está, si es que está?

Seamos muchachitos... Empecemos el canto
sin que te ponga fea, como hace poco, el llanto:
— «Mambrú se fué a la guerra, Mambrú no volverá!»

Otro chisme

¿Ahora el otro?... Bueno a ese paso
se han de contagiar todos, entonces. Vaya
con la manía! Porque es el caso
que no transcurre un solo día sin que haya
sus novedades...

Nadie ha sabido
sacarle las palabras... ¡Es ocurrencia:
servir de burla a cuanto mal entendido
hay en Palermo!... ¡Si da impaciencia
verlo! La causa, de cualquier modo,
no ha de ser para tanto:
pasarse horas enteras... y, sobre todo,
¡siempre con esa cara de Viernes Santo!...
Pues ¡lo que son las cosas!, precisamente,
desde que aquella moza, que se reía
de su facha, muriera tan de repente
anda así el hombre. ¡Bien lo decía
uno de sus amigos!

Medio enterado
del tal asunto, existe quien asegura
que noche a noche vuelve tomado.
No tiene compostura...
¡Pobre! Ni loco
que estuviese... Por algo ya no se puede
aconsejarle que cambie un poco...
¡Es indudable que lo hace adrede!
De ninguna manera piensa enmendarse:
no quiere escuchar nada....
Y, aunque era de esperarse,
como con su conducta desarreglada
está hecho un perdido
a quien poco le importa del que dirán...,
a fin de cuentas, ha conseguido
que lo hechen del trabajo por haragán.

Lo que dicen los vecinos

¡Bendito sea! Tan luego ahora
mostrarse adusta. ¡Quien lo diría:
ella que siempre conversadora
llenaba el patio con su alegría!
Es increíble lo que les cuesta
hacer que escuche si le hablan de esto;
ruegan, la apuran, y no contesta
ni una palabra: ¡les pone un gesto!
Y en cuanto insiste se les resiente.
Muchos la encuentran desconocida,
y — ¡da una pena! — continuamente
la van notando más retraída
como si todo la incomodara.
Ya no es ni sombra de lo que fuera
en otros tiempos. ¡Qué cosa rara
que haya cambiado de tal manera!
¡Anda de triste! Y es bien sabido,
cualquier zoncera la vuelve idiota.

En pocos meses ha enflaquecido
tanto la pobre...
Por caprichosa
le pasa eso. Nadie la aguanta...
Los de la casa se hallan perplejos:
¡verla así desde que se levanta!
Esta mañana, sin ir muy lejos,
como asaltada por una viva
duda que acaso fué pasajera,
¡la han sorprendido tan pensativa
en el descanso de la escalera!...

La enferma que trageron anoche

La enferma abrió los ojos cuando la hermana,
que aún no ha descansado ni un solo instante,
decía sus temores al practicante
que pasa la visita de la mañana.

Desde que la trageron ha rechazado
sin contestar palabra, todo remedio,
y por más que se hizo no hubo medio
de vencer un mutismo tan obstinado.

Y ahora, en la pesada semi-inconciencia
del último momento, su indiferencia
silenciosa parece ceder, por fin,

pero en los labios secos y en la mirada
sólo tiene un reproche de abandonada
para las compañeras del *cafetín*.

El ensueño

Porque después del golpe vino la airada
retahila de insultos con que la veja,
ella tornó a callarse, sin una queja,
ya a las frases más torpes acostumbrada.

Y por fin, en el lecho cayó, cansada,
conteniendo esa horrible tos que no cesa
y de nuevo a la boca sube y le deja
el sabor de su enferma sangre afiebrada.

Y mientras el padre grita, brutal, borracho
como siempre que vuelve de la cantina,
ella piensa en el dulce sueño irreal

que sonara al recuerdo de aquel muchacho
que vio junto a la cama de su vecina
en la tarde de un jueves del hospital.

El hombre que tiene un secreto

Algunos se hacen malas suposiciones
cada vez que el pobre hombre dobla la esquina
y franquea la puerta de la cantina,
donde busca el silencio de los rincones.

Eco de las diversas murmuraciones
de los más insidiosos, una vecina
dice que nunca dejan de darle espina
esas muy sospechosas ocultaciones.

Hoy — y esto es explicable — la buena gente
se halla un tanto intrigada, pues casualmente
hace cinco minutos, al regresar

de la calle, cumplido cierto mandado,
el hijo de la viuda que vive al lado
acodado en la mesa lo vio llorar.

El silencioso que va a la trastienda

Francanrénte, es huraña la actitud de ese obrero
que, de la alegre rueda casi siempre apartado,
se pasa así las horas muertas, con el sombrero
sobre la pensativa frente medio inclinado.

Sin asegurar nada, dice el almacenero
que, por momentos, muchas veces le ha preocupado
ver con qué aire tan raro se queda el compañero
contemplando la copa que apenas ha probado.

Como a las indirectas se hace el desentendido,
el otro día el mozo, que es un entrometido,
y de lo más cargoso que se pueda pedir,
se acercó a preguntarle no sabe qué zoncera
y le clavó los ojos, pero de una manera
que tuvo que alejarse sin volver a insistir.

El suicidio de esta mañana

En medio del gentío ya no hay quien pueda
pasar, pues andan sueltos los pisotones
que han promovido algunas serias cuestiones
entre los ocupantes de la vereda.

En la puerta, un travieso chico remeda
la jerga de un vecino que a manotones
logró llegar al grupo de los mirones
que, una vez en el patio, formaran rueda.

Una buena comadre, casi afligida,
cuenta a una costurera muy vivaracha
que, a estar a lo que dicen, era el suicida

— un borracho perdido, según oyó
el marido de aquella pobre muchacha
que a fines de este otoño lo abandonó

El casamiento

Como nada consigue siendo prudente
del montón de curiosos que han hecho rueda
esperando a los novios, vuelve el agente
a disolver los grupos de la vereda.

Que después del desorden que hace un momento
se produjo, interviene de rato en rato:
cada cinco minutos cae el sargento
y, con razón, no quiere pagar el pato...

En la acera de enfrente varias chismosas
que se hallan al tanto de lo que pasa,
aseguran que para ver ciertas cosas
mucho mejor sería quedarse en casa.

Alejadas del cara de presidiario
que sujere torpezas, unas vecinas
pretenden que ese sucio vocabulario
no debieran oirlo las chiquilinas.

Aunque — tal acontece — todo es posible,
sacando consecuencias poco oportunas,
lamenta una insidiosa la incomprensible
suerte que, por desgracia, tienen algunas...

Y no es el primer caso... Si bien le extraña
que haya salido un zonzo... pues en enero
del año que transcurre, si no se engaña,
dio que hablar con el hijo del carnicero.

Con los coches que asoman, la gritería
de los muchachos dice las intenciones
del común movimiento de simpatía
traducido en ruidosas demostraciones.

Una vez dentro, es claro, no se comenta
sino la ceremonia muy festejada,
bien que por otra parte les impacienta
el reciente bochinche de la llegada.

Como los retardados no han sido tantos
y sobran bailarines en ese instante
se va a empezar la cosa, salvo unos cuantos
que se reservan para más adelante.

El tío de la novia, que se ha creído
obligado a fijarse si el baile toma
buen carácter, afirma, medio ofendido,
que no se admiten «cortes», ni aun en broma.

— Que, la modestia a un lado, no se la pega
ninguno de esos vivos... seguramente.

La casa será pobre, nadie lo niega:
todo lo que se quiera, pero decente. —

Y, continuando, entonces, del mismo modo
prohibe formalmente los apretones:
compromisos,, historias y, sobre todo,
conversar sin testigos en los rincones.

La polka de la silla » dará motivo
a serios incidentes, nada improbables:
nunca falta un rechazo despreciativo
que acarrea disgustos irremediables.

Ahora, casualmente, se ha levantado
indignada la prima del guitarrero,
por el « doble sentido » mal arreglado,
del piropo guarango del compañero.

La discusión acaba con las violentas
porfías del padrino que se resiste
a las observaciones de las parientas
que le impiden que haga papel tan triste...

El vigilante amigo, que en la parada
cumpliendo la consigna diaria se aburre,
dice que de regreso de una llamada
vino a echar su vistazo, por si algo ocurre...

Como es inexplicable que se permitan
horrores que no deben ser achacados
a los íntimos, varios padres le invitan
a proceder en forma con los colados.

En el comedor, donde se bebe a gusto,
casi lamenta el novio que no se pueda
correr la de costumbre... pues, y esto es justo,
la familia le pide que no se exceda.

Y lo que es él, ahora tiene derecho
a desdeñar, sin duda, las perrerías
de aquellos envidiosos, cuyo despecho
fuera causa de tales habladurías...

Respecto de aquel otro desengañado,
— es opinión de muchos — en verdad cabe
suponer que, si es cierto que anda tomado,
come una locura de las que él sabe.

La madrina, a quien eso no le parece
sino una soberana maldad, se encarga
de chantarle unas frescas, según merece
ese desocupado tan lengua larga...

Entre los invitados, una comadre
narra cómo ha podido venirse sola:
¡se le antojó a su chico seguir al padre
a traer la familia de D. Nicola!

...¿Su cuñada? ¡Qué cambio! Parece cuento,
siempre encuentra disculpas, y hasta le ruega
no insistir, pretextando su retraimiento
desde que la hermanita se quedó ciega.

Las mujeres distraen, de cuando en cuando,
a la vieja que anoche, no más, reía
fingiéndose conforme pero dudando:
— ... al fin era la ayuda que ella tenía. —

La afligen los apuros. Lloro, temiendo
las estrecheces de antes ¡y con qué pena!
piensa en el hijo ausente que esta cumpliendo
los tres años, tan largos, de su condena...

La crítica se muestra muy indulgente:
— Las personas han sido mejor tratadas
que otras veces, sintiendo, naturalmente,
que «hayan habido» algunas bromas pesadas...

En cuando a las muchachas ¡con unos aires!
como si trabajasen de señoritas...
¡Han dejado la fama de sus desaires
llenas de pretensiones las pobrecitas!

Sin entrar en detalles sobre el odioso
golpe de circunstancias, alguien se queja
preguntando a los hombres quién fué el gracioso
que se llevó a los novios de la bandeja.

En el patio dos mozos arman cuestiones,
y sin ninguna dase de miramientos
se dirigen airadas reconvenciones,
resabios de distantes resentimientos...

Como el guapo es amigo de evitar toda
provocación que aleje la concurrencia,
ha ordenado que apenas les sirvan soda
a los que ya borrachos buscan pendencia.

Y, previendo la bronca, después del gesto
único en él, declara que aun que le cueste
ir de nuevo a la cárcel, se halla dispuesto
a darle un par de hachazos al que proteste...

Y en medio del bullicio, que pronto cesa,
las guitarras anuncian estar cercano
el aguardado instante de la sorpresa
preparada en secreto desde temprano:

Que, deseosos de aplausos y de medirse
de nuevo, recordando sus anteriores
tenaces contrapuntos sin definirse,
van a verse las caras dos payadores.

El velorio

Como ya en el barrio corrió la noticia,
algunos vecinos llegan consternados,
diciendo en voz baja toda la injusticia
que amarga la suerte de los desdichados...

A principios de año, repentinamente
murió el mayorcito... ¡Si es para asustarse:
apenas lo entierran cuando fatalmente
la misma desgracia vuelve a presentarse!

En medio del cuadro de caras llorosas
que llena el ambiente de recogimiento,
el padre recibe las frases piadosas
con que lo acompañan en el sentimiento...

Los íntimos quieren llevárselo afuera,
pues presienten una decisión sombría
en su mirar fijo: de cualquier manera
con desesperarse nada sacaría...

Porque hay que ser hombre, cede a las instancias
de los allegados, que fingen el gesto
de cansancio propio de las circunstancias:
— Paciencia, por algo Dios lo habrá dispuesto!

La forma expresiva de las condolencias
narra lo sincero de las aflicciones,
que « recien » en estas duras emergencias
se aprecian las pocas buenas relaciones.

Entre los amigos que han ido a excusarse
uno que otro padre de familia pasa
a cumplir, sintiendo no poder quedarse:
— ... ellos también tienen enfermos en casa!

Encuentran el golpe realmente sensible
aunque irreparable, saben que sus puestos
están allí, pero... les es imposible
al fin crían hijos y se hallan expuestos...

Como habla del duelo todo el conventillo
vienen comentarios desde la cocina,
mientras el teclado del ronco organillo,
más ronco y más grave solloza en la esquina.

Las muchas vecinas que desde temprano
fueron a brindarse, siempre cumplidoras,
están asombradas... ¡El era bien sano,
y en tan corto tiempo: cuarenta y ocho horas!

¡Parece mentira! ¡Pobre finadito!...

Nunca, jamás daba que hacer a la gente:

¡había que verlo, ya tan hombrecito,
tan fino en sus modos y tan obediente!

La angustiada madre, que llorando apura
el cáliz que el justo Señor la depara,
muestra a las visitas la vieja figura
con que la noche antes él aún jugara.

Y, afanosamente, buscando al acaso,
halla entre las vueltas de una serpentina,
aquel destefnido traje de payaso
que le regalase su santa madrina.

Y la rubia imagen a la cual rezaba
truncas devociones de rezos tardíos,
¡ha, que unción la suya, cuando comenzaba:
«Jesús Nazareno, rey de los judíos»!...

Como esas benditas cosas no la dejan,
y ella torna al mismo fúnebre relato
y va siendo tarde, todas la aconsejan
cariñosamente recostarse un rato.

Muchas de las que hace tiempo permanecen
con ella, se marchan, pues no les permite
quedarse la hora, pero antes se ofrecen
para algo de apuro que se necesite...

Las de « compromiso » van abandonando
silenciosamente la pieza mortuoria:
sólo las parientes se aguardan, orando
por el angelito que sube a la Gloria.

La crédula hermana se acerca en puntillas,
a ver, nuevamente, «... si ya está despierto...»
y le llama y pone sus frescas mejillas
sobre la carita apacible del muerto.

En el otro cuarto se tocan asuntos
de interés notorio: programas navales,
cuestiones, alarmas, crisis y presuntos
casos de conflictos internacionales.

Mientras corre el mate, se insinúan datos
sobre las carreras y las elecciones,
y la «fija, al freno», de los candidatos
es causa de algunas serias discusiones.

Como no es posible que en esos instantes,
y habiendo muchachas, puedan sostenerse
sin ningún motivo temas semejantes,
los juegos de prendas van a proponerse.

Varios se retiran como pesarosos
de no acompañarlos: no hay otro remedio,
quizás esperasen, sin duda gustosos,
si fuerzas mayores que están de por medio...

Y, al dejar al padre menos afligido,
a las susurradas frases de la breve
triste despedida, sigue el convenido
casi misterioso: — «Mañana a las nueve».

Has vuelto

como antes.

El ciego te espera
las más de las noches sentado
a la puerta. Calla y escucha. Borrosas
memorias de cosas lejanas
evoca en silencio, de cosas
de cuando sus ojos tenían mañanas
de cuando era joven... la novia... ¡quien sabe!
Alegrías, penas,
vividas en horas distantes. ¡Qué suave
se le pone el rostro cada vez que sueñas
algún aire antiguo ¡Recuerda y suspira!
Has vuelto, organillo. La gente
modesta te mira
pasar, melancólicamente.
Pianito que cruzas la calle cansado
moliendo el eterno
familiar motivo que el año pasado

gemía a la luna de invierno:
con tu voz gangosa dirás en la esquina
la canción ingenua, la de siempre, acaso
esa preferida de nuestra vecina
la costurerita que dió aquel mal paso.
Y luego de un valse te irás como una
tristeza que cruza la calle desierta,
y habrá quien se quede mirando la luna
desde alguna puerta.

¡Adios, alma nuestra! parece
que dicen las gentes en cuanto te alejas.
Pianito del dulce motivo que mece
memorias queridas y viejas!
Anoche, después que te fuiste,
cuando todo el barrio volvía al sosiego
— qué triste —
lloraban los ojos del ciego.

Índice

El camino de nuestra casa	4
Mamboretá	7
La muchacha que siempre anda triste	9
La francesita que hoy salió a tomar el sol	10
Como aquella otra	11
En el café	12
Mambrú se fue a la guerra	13
Otro chisme	14
Lo que dicen los vecinos	16
La enferma que trageron anoche	18
El ensueño	19
El hombre que tiene un secreto	20
El silencioso que va a la trastienda	21
El suicidio de esta mañana	22
El casamiento	23
El velorio	29
Has vuelto	34